



## EL CAMPAMENTO.

---

**U**N hermoso prado llano, vasto, rectangular, limitado en los cuatro costados por hondo foso y apretado seto y sembrado de hierba y salpicado de margaritas. Al lado de allá del foso, por uno de los costados, espeso bosque de moreras, de encinas y agrestes arbustos, descollando por encima de aquella oscura mancha verdosa, una pequeña colina de lento declive, baja, verde, salpicada de árboles y casitas blancas. A la mitad de la pendiente un grupo de casas más altas y de aspecto más urbano y un campanario esbelto y ligero. Alrededor, algunas quintas azules y sonrosadas, macizos de flores, largas filas de pinos, grupos de sauces, y senderos enarenados que serpentean y se cortan; y aquí y allá pequeñas estatuas blancas

y reducidos estanques medio ocultos entre los árboles y el césped. Delante de aquel prado, á lo largo del lado opuesto al bosque, corre ancho y empinado camino, que, dando vuelta á la espesura, asciende por la colina hasta el pueblo. En aquel prado ha puesto sus tiendas un regimiento.

Coloquémonos sobre aquel camino y miremos al campo. Comenzando á veinte pasos del foso hasta el opuesto límite del prado, ocho largos órdenes de tiendas, paralelos entre sí, y divididos por el espacio de una decena de pasos; por cada fila un centenar de tiendas; tres soldados por tienda; trescientos soldados por serie, dos mil cuatrocientos, ó poco ménos, entre todos: un regimiento.

Las lonas limpias, tirantes; las cuerdas fijas en el suelo sobre una línea recta; los intervalos iguales; todo en órden, todo en su punto: un campamento trazado con pincel. Delante de la puerta de cada tienda, detrás y alrededor, restos de frutas—las tomaron los soldados de los árboles de aquella campiña vecina y ¡el coronel ha montado en cólera!—y colgadas á las ramas, como arcos de triunfo, pendientes guirnaldas de amapolas y espigas cruzadas. Aquí y allá, al extremo de una caña clavada en el suelo, ondea algun giron de bandera hecho de una corbata encarnada, de un pedazo de camisa, y de un pa-

ñuelo azul que tira algo á verde (1). En el interior de las tiendas, una confusion de paja, de pan, de morrales, de andrajos, de cartucheras, de cañones de fusil y de bayonetas. Entre tienda y tienda, cuerdas tendidas de las cuales penden algunos medios calzones que debian bajar hasta el tobillo por la pierna imaginada por el gobierno; pero bajan solamente hasta la rodilla sobre la pierna del soldado como lo ha hecho su madre.

A la derecha de todas estas tiendas, en sentido paralelo al lado más corto del campamento, otra serie de tiendas diferentes, de forma cónica, y más altas, más capaces, más tiesas, construidas con más arte: las tiendas de los oficiales, desde la del coronel, que es la más próxima al camino, abajo, hasta la de los oficiales de la última compañía. Más á la derecha, en sentido paralelo á estas tiendas, á lo largo del foso divisorio, extensa fila de carros cargados de cajas, cajones, baules, fardos y cien objetos diversos.

Junto al último carro, en el extremo ángulo del prado, multitud de caballos y de mulas atados á los troncos de los árboles. A lo largo del lado opuesto—el izquierdo—inmenso conjunto de ollas negras, dispuestas en grupos á distancias iguales, y entre grupo y grupo, hornillos de piedras y ladrillos apilados, montones de ceniza

(1) Son los colores de la bandera italiana.

y restos de tizones y brasas, virutas y ramas dispersas. Al otro lado del foso, arbustos tendidos en tierra, desgajados y tronchados; setos destruidos, surcos pisados á trechos: todas las señales de un vasto saqueo. ¡Oh, el coronel qué encolerizado estaba!

Un puentecillo de madera, hecho exprofeso con dos troncos de árbol y algunas tablas, unia el campamento al camino. Junto al rústico puente, en la parte interior del campo á lo largo del parapeto del foso, diez ó doce tiendas aisladas: en ellas estaban aherrojados los prisioneros. Sobre el puente un centinela; otro delante de cada tienda; una coleccion de ellos alrededor del campo en todos los puntos de salida.

Tal es el campamento.

Declinaba el sol: era una bellísima tarde de Julio; el cielo admirablemente límpido, la campiña, todavía húmeda y fresca por menuda lluvia reciente, y aquel bosquecillo oscuro, aquella hermosa verde colina, aquel pueblo, aquel paisaje todavía dorado por un rayo de sol... ¡maravilloso lugar, maravillosa hora!

Para el regimiento era ocasion de reposo, de asueto y de fiesta. Todos estaban en movimiento. La mayor parte en mangas de camisa y con sus calzones de lienzo, daban vueltas en el campamento por todas partes, separados, por parejas ó en grupos. Algunos descansaban sentados ó echa-

dos en tierra, ó corrian en derredor, persiguiéndose unos á otros, como los escolares en el patio del colegio; estos jugaban á los tejos con piedras; aquellos se ejercitaban en la esgrima con palos en medio de un grupo de espectadores; otros, tendida una cuerdecilla entre dos tiendas, saltaban, entre dos alas de admiradores afanados; unos, sentados en la ribera del foso, alrededor de un pedazo de servilleta extendida sobre la hierba, devoraban cuatro cogollos de lechuga, entre amigos, comiendo lentamente y á bocados pequeños un poco de pan blanco (¡como que era del que comian los oficiales!); los de más allá estaban á horcajadas en las barras de los carros, fumando en santa paz; los de aquí, vestidos con ciertas blusas de tela manchada, á las que no quedaba de blancura sino el pasado, se entretenian alrededor de los hornos y de las marmitas, rompiendo sobre sus rodillas ramas que amontonaban, pajuelas y astillas para la cocina; y de todas partes se levantaba griterío y estruendo, mezcla de rugido y de canto, y murmullo continuo y confuso. ¡Cuántos hermosos cuadros! ¡Quién supiera pintarlos con fidelísimo pincel!

Allá, en el fondo del campamento, en medio del lado opuesto al camino, el cantinero ha colocado sus tres carretas á manera de tres lados de un trapicio, mirando al campo la abertura. Ha extendido improvisada tienda, dividida en dos partes;

entre los carros laterales ha puesto en pié dos ó tres tablas y dos ó tres banquillos mugrientos y cojos; colocó una puerta de armario sobre los dos toneles más altos convirtiéndola en mostrador; ha formado encima las botellas más panzudas y lo ha dejado todo á cargo de su mujer. Ha tendido entre dos rayos de rueda una cuerdecilla pringosa y grasienta y de ella ha colgado ciertas cosas largas, negruzcas, heladas, que querian dar á entender ser salchicha masticable y comestible sin peligro de muerte; ha puesto á la vista para excitar la glotonería de los soldados un par de cestitas con las mejores legumbres, un gran plato de pollo tísico desplumado, un gran pedazo de carne cruda y una fila de frascos, botellas, vasos, cigarros pringados de aceite, y papel de cartas perfumado, no se con qué... Y despues:—¡Adelante muchachos! ¡Aquí se come hasta reventar! ¡Puedo asegurarlo!

Los bancos están todos llenos; la mesa cubierta de botellas y vasos; se juega y bromea, se canta, se grita, se silba, se alborota; los vasos, de vez en cuando, hacen un gran movimiento y chocan unos contra otros. El cantinero se vuelve:—¿Qué haceis por ahí abajo?—Aparece un oficial: silencio profundo. Se marcha: otra vez la baraunda. Entre tanto, en el pasillo abierto entre las mesas, se forma apiñado nudo de dos procesiones opuestas: de los que vienen con la bota en busca de vino, y de los que se van con la bota llena, gri-

tando:—¡Que mancho!—y denostando é impre-  
cando á los que no dejan el paso franco ó les hacen derramar una gota.

Alrededor de la cantinera, se ha formado un círculo de cabos jóvenes; el de la tercera compañía, entre otros, que es tan hermoso y tan desvergonzado. El marido lo sabe y no deja de lanzarle alguna mirada al descuido, miéntras da vueltas. Y la cantinera no deja de poner los ojos en blanco á sus predilectos. El marido quiere protestar; pero los negocios de la taberna van bien, y esto se debe en gran parte á las monadas de la bribona.—Cerremos los ojos—piensa él—miéntras vienen los cuartos.

Un soldado se acerca al mostrador.

—¿Qué quieres?

—Una copa de rom.

—Corriente: paga ántes.

—Bueno: cámbieme este billete.

—No puedo cambiar: no tengo cuartos.

—¿Y qué hago yo?

—¡Qué se yo! Arréglatelas.

Y el pobre soldado no se mueve, turbado, confuso, estrujando el billete entre sus manos y mirando con ojos de envidia los licores. Despues se aleja lentamente:—Nos pagan con papel ¡y decir que esto es moneda! como que se la embolsan toda los que van á caballo...

Cincuenta pasos más aquí, otro cuadro. Es un

capitan que ha reunido medio ciento de soldados de su compañía, cuantos le ha sido posible encontrar allí cerca, los ha dispuesto en círculo, y despues de decirles que al día siguiente se habrá de caminar mucho, y que el primero que á la mitad del camino se detenga lo atará corto, hace traer una botella de vino, y llamando á uno de los soldados más vivos:—Tú, le dice:—quita el tapon y reparte.—Todos se acercan tendiendo las botas, escudillas y vasos.—Un momento, por Dios: levantaos de ahí; echaos atrás, esperaos.—Todos se hacen hácia atrás. Y miéntras el soldado se apresura á destapar la botella, ayudándose con las uñas y la punta de la bayoneta, el capitan permanece sentado, con las manos sobre las rodillas observando la operacion; todos los demás permanecen retirados relamiéndose con la lengua y dando risotadas de placer y frotándose las manos de gusto y alzando los hombros; y se hacen unos á otros ciertas señas tácitas, ciertos visajes, ciertos mofines bufonescos, y se hurtan mutuamente con los codos, señalando con la cabeza ó con un cerrar de ojos burlesco aquel insólito espectáculo, y se pasan el dorso de la mano por la boca, como para prepararla á saborear entera la voluptuosidad del rico néctar, sin otro humor profano sobre los labios, y cambian entre sí furtivos pellizcos, y se rozan las espaldas...—El capitan se ha vuelto:—todos derechos,

firmes, graves, serios, para no demostrar que andan locos por dos gotas de vino.

El capitan hace señas para que se acerquen: lo obedecen. El tapon ha saltado, y grueso chorro purpurino surge murmurando: diez vasos están preparados á recogerlo; despues de estos diez, otros, y luégo otros diez y así sucesivamente.—¿Chocamos? pregunta una voz.—¡Choquemos! responden otras veinte.—Los vasos se elevan por cima de las cabezas, se mueven y dan vueltas, el vino oscila y se vierte sobre ellas y sobre las manos, tiñendo blusas y camisas y chorreando por todas partes.—¿Pero qué importa?—¡Alegría, alegría, viva el capitan!—exclama á media voz uno de los más osados, medio convencido ya de haber hecho una tontería.—¡Viva! responden los demás en coro.—¡Callaos por Dios!—grita el oficial impetuosamente procurando ocultar bajo aquella fingida cólera toda su íntima complacencia.—¿Habeis perdido la razon? ¡Dispersaos!—La brigada se desparárama en direcciones distintas. Pero otros soldados que habían oido ya la pequeña fiesta, acudieron. Era tarde. La botella estaba vacía, y la bolsa del capitan cerrada.

Los que acudían ahora, volvíanse alrededor mirando de reojo, haciéndose los desentendidos, y alzando los ojos á contemplar las nubes, ó dando con la punta del pié á las piedrecitas, ó bostezando á propósito. Todo en vano; el capitan

no los ve: se aleja. Hay que renunciar á toda esperanza. Aunque en rigor, tanto vale hacerse los contentos. Lós que vinieron tarde, vuelven al sitio donde partieron, tarareando con esa voz áspera y destemplada que parece querer morir en mitad de la garganta cuando tenemos la cólera en el alma, y queremos, pero no podemos disimularla.

Ahora miremos á otro punto, allá abajo, en el ángulo extremo. Por aquel sitio del campo, corre pequeño canal como de tres á cuatro metros de ancho, ó ménos todavía, por cuyo fondo discurre cosa de un par de palmos de agua entre dos riberas húmedas y peligrosas por los desprendimientos. Sobre una de aquellas orillas, unos acostados, otros paseando, se encuentran los soldados de la compañía destacada en aquel sitio.

Sale inesperada de un grupo de oficiales sobre la orilla opuesta, una voz sonora:—¿Quién quiere ganarse una peseta? El que salte este foso, aquí la tiene.—Y del centro del grupo se levanta un brazo con la moneda en la mano. Todos se vuelven y corren hácia aquel lado.—Yo.—Yo.—Yo.—Tambien yo.—Y nosotros.—Nosotros tambien.—Un oficial:—Veámos. Alinearse ahí, —é hizo seña con la mano. El grupo le volvió la espalda, corrió confusamente á veinte pasos de la orilla, se detuvo, dió media vuelta, se alineó disponiéndose en semicírculo, los más valientes

en el centro, los más poltrones en las alas; tres ó cuatro de los de en medio se disputaban con los codos la precedencia del puesto, uno, finalmente les vence, echó el pié izquierdo adelante, inclinó hácia atrás el cuerpo, midió el terreno con la vista, se levantó sobre la punta de los piés para mirar al foso, pensó, dudó y se volvió al vecino, diciendo:—Salta tú primero.—Una rechifla general resonó por todas partes. El vecino dudó tambien, y otros dos ó tres fueron recusados.—Apartaos, apartaos; yo saltaré—exclamó un recién llegado á fuerza de empujones y puñetazos. Se le abre puesto, se coloca en primera fila, se retira de pronto, mueve el cuerpo adelante y hácia atrás, mira al foso, contempla fijamente el terreno:... ha partido. Devora el espacio interpuesto, llega al borde, salta y aparece sobre el otro lado, sosteniéndose sobre el pié derecho, con el izquierdo en vilo y los brazos al aire. La peseta es suya; se va corriendo á beber ávidamente un sorbo.

La concurrencia aumenta. Otro saltador se ha atrevido, y ha ganado otra peseta. Un tercero corre—¡oh, que fiasco!—llegado al borde, da el salto, ¡ay! abajo, largo y tendido y cubriéndole el agua. Un murmullo prolongado, burlesco, sale de todas las bocas y acaba por una risotada de corazón, acompañada de un ruidoso batir de palmas. El pobre ha salido agarrándose á la orilla, todo

pestilente, todo chorreando, con los cabellos esparcidos y cayéndole en mechones sobre orejas y cara, con los calzones pegados á las piernas, los brazos lacios... Pero los oficiales se sienten movidos á compasion.—¡Un vaso de vino á este pobre diablo!—exclama uno de ellos. Y el rostro del pobre diablo se serenó.

¿Y los grupos de cantadores? ¡Oh, cuántos! ¡Uno aquí, allá otro, otro un poco más abajo! Alrededor de las tiendas, bajo los árboles, en grupos de cinco, de diez, de veinte. Estos gorjean una romanza patética con caras foscas; aquellos, medio chispos, con cierto brillo en los ojos y cierta alegría en la cara, gritan una canción de bacanal, levantando con las dos manos el vaso á cada principio de estrofa, echando la cabeza atrás y trasegando el vinillo á grandes tragos; y despues un agitar de gorras en demostracion de alegría, y un darse recíprocamente palmadas en la espalda y un gritar agudo y estridente:—¡Viva la rubiaaa!—con cierto guiño, con cierto picaresco arrugar la nariz, con cierta expresion de sátiros... Alrededor de los coros más armoniosos y acordes, fórmase un pequeño círculo de oyentes; y en el centro de aquellos coros, un director que lleva el compás con la mano, regaña al que desentona, toma su papel en serio y presenta un aire modesto, paseando los ojos sobre el auditorio que aumenta.

Pero allá se distingue el solitario, el melancólico, que se aleja de aquella fiesta, de aquel estrépito, y á quien la música y los gritos causan tristeza y despecho. Pasea por la parte más desierta del campo, ó está sentado sobre la orilla del foso, con los piés á flor de agua, moviendo con una varita de sauce la arena y las piedrecillas del fondo. O bien está tendido trasversalmente, ante la puerta de la tienda, con la pipa entre los dedos, un codo apoyado en tierra, el rostro en la palma de la mano y la mirada estática sobre las bellas nubecillas coloreadas por la llama vívida del sol poniente.

Recorre con la vista la alta cresta de aquellos montes, y piensa lo que habrá al otro lado: la llanura. ¿Y despues? Otras montañas. ¿Y tras estas montañas? Otra vez la llanura; y adelante, adelante, por montes, valles y llanuras desconocidas, pensando, pensando, hasta que le ocurre de improviso el recuerdo de la querida colina de su país, y contempla con mezcla de ternura y afliccion, aquel crepúsculo que no había contemplado hace tanto tiempo. Despues repentinamente, se estremece, se sacude, vuelve los ojos alrededor, parece que se acuerda en aquel instante por vez primera, dónde está y en medio de quiénes, y exhala un suspiro, sacudiendo la cabeza como para arrojar léjos de sí, aquel poco de melancolía que empieza á abrirse puesto en el